

únicamente á la impericia ó falta de valor de los que mandaban las plazas de Vera-Cruz y Ulúa.

Por consiguiente, el mismo día 30 de Noviembre en que llegaron á México aquellas funestas nuevas, contestó el gobierno al general Rincon, desaprobando el convenio que habia celebrado, ordenándole que así él como el general Gaona y los demas jefes de la guarnicion de Vera-Cruz, pasaran á la capital para someterse á un consejo de guerra, y previniéndole que entregara inmediatamente el mando de las armas de aquel Estado al general Santa-Anna. El mismo día se expidieron tambien dos leyes, una para que se aumentara la tropa permanente á treinta y tres mil hombres de todas armas, y otra en que se declaraba solemnemente la guerra á la Francia, y el 1.º de Diciembre se dió todavía otra ley, obligando á salir de la República, dentro de un término perentorio á todos los franceses residentes en ella, con la sola excepcion de los casados con mexicana y los que estuvieran físicamente impedidos.

Mientras que en México se dictaban estas medidas violentas, declarando así una guerra que no era posible sostener, en Vera-Cruz habian sucedido algunos días de calma despues de la tormenta del 27 de Noviembre. Una vez celebrado el convenio relativo á la ciudad, mucha parte de la poblacion que se hallaba en los pueblos inmediatos habia vuelto á ella, aunque con poca confianza, y con el profundo disgusto de ver flamear un pabellon extranjero sobre el castillo de Ulúa. Las tropas capituladas allí, y las pocas que excedian en la plaza de los mil hombres fijados en el convenio, habian marchado á Paso de Ovejas. Los franceses avcindados en Vera-Cruz, habian vuelto á sus casas; los oficiales de la escuadra, deseosos de poner el pié en tierra y de conocer la ciudad, se paseaban en ella, como unos enemigos que esperaban dejar de serlo muy pronto para México, y el contra-almirante Baudin habia escrito el día 3 de Diciembre una carta al Presidente de la República, excusándose de hacerlo directamente, porque no que-

ria entenderse ya con el Sr. Cuevas, y proponiéndole de nuevo el mismo arreglo que éste habia desechado.

Pero este último paso era enteramente inútil por el momento, y aquella tregua para los habitantes de Vera-Cruz, debia ser de muy corta duracion. El día 4 recibió Rincon la orden del gobierno para entregar el mando al general Santa-Anna, quien se presentó allí á las once de la mañana del mismo día, habiendo sido precedido por su ayudante el capitán D. Manuel M. Jimenez, quien en cumplimiento de sus órdenes, mandó cerrar desde luego todas las puertas de la ciudad. Despues de haber tomado posesion del mando, pasó Santa-Anna á Mr. Baudin una nota, haciéndole saber que el gobierno habia desaprobado el convenio celebrado por Rincon, el cual quedaba ya por este motivo sin efecto alguno, y en seguida mandó citar á todos los jefes de la guarnicion, para informarse bien del estado en que se hallaba la plaza y discutir con ellos lo que convendria hacer. En esta junta, que tuvo lugar á las dos de la tarde, la opinion de aquellos jefes fué la misma que habian dado antes de celebrarse el convenio desaprobado, esto es, que la ciudad no podia defenderse, alegando las mismas razones que se tuvieron presentes para dar aquel paso, las cuales eran ahora mas poderosas, por haberse aumentado las fuerzas del enemigo, con la llegada de nuevos buques, y disminuídose las de la plaza, en virtud de haber salido de ella las que excedian del número fijado en el mismo convenio; pero el general Santa-Anna tomó la resolucion de defenderla á todo trance, habiendo dado antes orden al general Arista para que con sus tropas marchara hácia allí, y disponiendo entre otras cosas que desde aquel momento no se permitiera entrar en la ciudad á ningun individuo de la escuadra francesa.

A las cinco y media de la tarde recibió Santa-Anna una contestacion de Baudin á la nota que le habia enviado, en la que le decia que aunque por la desaprobacion del convenio quedaban de nuevo rotas las hostilidades, y él podria emplear la fuerza para obligarlo á retirarse de allí, no lo hacia, porque



tenia compasion de la desgraciada ciudad de Vera-Cruz, que tanto habia sufrido ya, concluyendo con amenazarlo de que lo haria en el caso de que los franceses residentes allí fuesen de algun modo molestados ó perjudicados por él. En respuesta á esta nota, se limitó el general Santa-Anna á decir verbalmente á los dos oficiales que la condujeron, para que lo manifestaran de su parte al contra-almirante, que de ningun modo era su ánimo molestar á los súbditos franceses que vivian allí, y que en la mañana del dia siguiente le contestaria por escrito.

Hecho esto, pasó personalmente el general Santa-Anna á los cuarteles, para arengar á la tropa, como lo hizo, procurando infundir entusiasmo en los soldados, y en seguida se retiró á su habitacion, donde se le anunció á las diez de la noche que el general Arista se habia presentado en la puerta de México, y en el acto hizo que su ayudante Jimenez fuera á disponer que se le permitiera entrar y lo condujera á su presencia.

Como los generales Santa-Anna y Arista no habian vuelto á verse desde la expatriacion de este último, despues de los desgraciados sucesos de Guanajuato en 1833, el primero entró en largas explicaciones sobre aquella campaña, prolongándose la conversacion hasta muy cerca de las tres de la mañana, á cuya hora queria el segundo regresar al campo de Santa Fé, donde quedaban sus tropas, pero habiéndole dicho Santa-Anna que descansara unas horas, y que despues podria ir allí, se retiraron ambos á acostarse.

Mientras que esto pasaba tranquilamente en Vera-Cruz, la escuadra francesa ofrecia un espectáculo muy diverso. El contra-almirante Baudin, en contradiccion con lo que habia contestado á Santa-Anna, é indignado con la sospecha que se le infundió sobre que la idea de éste al mandar cerrar las puertas de Vera-Cruz, antes de presentarse en la ciudad, era la de apoderarse de la persona del príncipe de Joinville y de otros oficiales que entonces ó pocos momentos antes se hallaban en ella, desde las nueve de la noche daba sus órdenes para que al

amanecer del dia siguiente bajaran á la plaza mil y tantos hombres bien armados, con el objeto de inutilizar los baluartes de Santiago y Concepcion, clavar si era posible la artillería de todos ellos, hacer prisionero al general Santa-Anna, y conducirlo inmediatamente á la escuadra.

Hechos durante el resto de la noche todos los aprestos necesarios para este golpe de mano, el desembarco pudo ejecutarse á la hora prevenida sin grande obstáculo, á favor de una espesa neblina que habia en aquella mañana, y que impidió á los centinelas de la plaza ver los botes en que venia la fuerza, hasta el momento en que se encontraban sobre el muelle y los baluartes que miran al mar. Dividióse aquella fuerza en tres secciones, una que se dirigia al baluarte de Santiago, otra al de Concepcion, y otra al muelle, siendo mandada esta última por el príncipe de Joinville; y como en medio de la oscuridad producida por la neblina, ninguna de estas secciones fué distinguida antes de llegar á su destino, lograron todas ellas sorprender estos puntos, asaltando unas los baluartes, dando muerte á los soldados que presentaron resistencia, y penetrando la otra en la ciudad por la puerta del muelle, que fué inmediatamente abierta por medio de un petardo.

La detonacion de éste despertó al general Santa-Anna, quien en el acto quiso averiguar la causa de aquel extraño ruido, y no tardó mucho en saberla, por un sargento del baluarte Concepcion que vino á informarle de lo que pasaba. Entonces dejó la cama, se vistió violentamente, y desde luego dió orden para que su guardia tocara generala; pero esta guardia se encontraba ya sobre las armas, habiéndose colocado la mayor parte de ella en la esquina de la casa, hácia la calle de las Damas, por donde se presentaron á pocos momentos mas de doscientos franceses haciendo fuego, en medio de los repetidos gritos de *vive le roi!* En vista de esto, y mientras que la mencionada guardia sostenia aquel inesperado ataque, el general Santa-Anna salió á la calle, y tomando algunos de los soldados que habia en la puerta, marchó por las calles del Co-



liseo, Caleta, Santo Domingo y la Merced hasta llegar á los cuarteles, debiendo á la neblina el no haber sido visto por los franceses que entraban en el palacio, cuando él atravesaba la plaza de armas.

Después de haberse puesto Santa-Anna en salvo de este modo, la guardia que se defendía en la esquina de las Damas acabó muy pronto por sucumbir á la superioridad de sus enemigos, pereciendo una parte de los que la formaban, y el príncipe Joinville penetró al fin en la casa con las fuerzas que lo acompañaban, dando muerte en ella á los pocos soldados que aun en la escalera y los corredores opusieron alguna resistencia (1). Una vez dentro de la casa aquella gente, irritada por la resistencia que se le había opuesto, en la que tuvo varios heridos, cometió algunos desórdenes, destruyendo á balazos y golpes de sable muchos de los muebles que había en ella, haciendo varias heridas al ayudante Jimenez, que se encontraba á la puerta del cuarto de Santa-Anna, y matando también, aunque sin intención, con uno de sus tiros, á la infeliz cocinera de la casa, que en medio de aquella invasión se había encerrado en un cuarto. También extrajeron de aquella casa una caja con dos mil cuatrocientos pesos, cuya suma, considerada como botín de guerra, se distribuyó luego por orden de Mr. Baudin entre los heridos de aquel día.

No encontrando allí al general Santa-Anna, que era todo lo que deseaban, tuvieron que limitarse á prender al general Arista, á su ayudante D. Manuel M. Iturria, y al capitán Jimenez, que aunque gravemente herido, fué llevado, después de hacerle la primera curación, lo mismo que sus dos compañeros de desgracia, á la presencia del contra-almirante, que se hallaba en el muelle, y dispuso allí que quedaran en libertad Iturria y Jimenez, conservando prisionero únicamente al general Arista, quien fué inmediatamente conducido á bordo del *Coracero*.

(1) La casa en que esto pasaba es la esquina de las calles de las Damas y del Coliseo, que pertenecía entonces á los Sres. Serrano hermanos.

Al paso que por la evasión de Santa-Anna había quedado burlado el deseo del príncipe, las otras dos secciones recorrían los demás baluartes, clavando los cañones y destruyendo sus cureñas, sin encontrar grandes tropiezos en esta operación, porque la poca tropa que había en ellos, se retiraba después de disparar algunos tiros, con excepción de la que guarnecía el baluarte inmediato al hospital militar de S. Carlos, la cual sostuvo el fuego por algún más tiempo, hasta que viéndose arrollada por la fuerza del número, se retiraron los soldados á dicho hospital, donde penetraron los franceses en su persecución, dando muerte, según se aseguró entonces, aun á algunos de los enfermos que allí había.

Entretanto, el general Santa-Anna, luego que llegó á los cuarteles, dispuso defenderse, aprovechando las trincheras con sacos á tierra que había en sus puertas y ventanas exteriores, y distribuyendo en ellas toda la tropa que pudo reunirse allí. Por consiguiente, luego que se presentaron algunos grupos de franceses por la calle de las Damas, aquella tropa hizo fuego sobre ellos, y se empeñó una acción bastante reñida, estableciendo el príncipe una trinchera en la misma calle con colchones y tercios de mercancías que mandó sacar de las casas inmediatas, y situando en ella un pequeño obús que habían bajado de la escuadra; pero después de sostener aquella lucha por dos ó tres horas, con pérdida de alguna gente y sin avanzar nada, por el vivo fuego que les hacían de los cuarteles, el cual no se interrumpió á pesar de haber puesto los franceses, no sé con qué objeto, una bandera de parlamento, dispuso Baudin que se retiraran, y marcharon todos hácia el muelle para embarcarse, no habiendo sido su intención, como he dicho antes, la de apoderarse de la ciudad.

Sabido esto por Santa-Anna, que en aquel momento se hallaba fuera en el punto llamado el Matadero, quiso ir á batirlos en su retirada; y aunque para esto no contaba con fuerzas suficientes, por no haber llegado todavía la división que estaba en Santa Fé, y haberse dispersado durante aquella sorpresa la



mayor parte de la corta guarnicion que habia en Vera-Cruz, determinó siempre ir siquiera á hostilizarlos en el acto de su embarque, y poniéndose al frente de una columna de trescientos hombres, marchó hácia el muelle, siguiendo el costado interior de la muralla; pero al presentarse frente á la puerta de ésta, los franceses, que para tal evento habian colocado en la punta del muelle un cañon que estaba en la calle de S. Agustin, cargado á metralla, lo dispararon sobre la fuerza de Santa-Anna, y aquel tiro fué de un efecto funesto para ella, pues ademas de herir en la pierna y mano izquierdas á este general, matando tambien su caballo, quitó la vida en el acto al capitán Campomanes, al alferez Solis y á siete soldados, hiriendo mas ó menos gravemente á otros nueve.

Este desgraciado contratiempo, causó naturalmente algun desorden en la tropa, que por supuesto no pensó ya en ir sobre el muelle; pero usando los soldados de las aspilleras de la muralla inmediata á aquel punto, continuaron el fuego sobre los setenta ú ochenta franceses que estaban embarcándose, hasta que los perdieron de vista, haciéndoles todavía allí algunos muertos y heridos.

El general Santa-Anna fué luego conducido en un catre á los cuarteles por los soldados del 9.º batallon, y despues de permanecer allí unos momentos, encargando el mando de la tropa al coronel D. Ramon Hernandez, y previniéndole que evacuara la plaza y se dirigiera á los Pozitos, dispuso que lo condujeran en el mismo catre á aquel punto.

Entretanto, el contra-almirante Baudin, luego que regresó á la escuadra, queriendo vengar la sangre de los ocho muertos y sesenta heridos que tuvo la fuerza que desembarcó, y disgustado por la resistancia que se le hizo allí, mandó romper el fuego sobre la ciudad, dirigiéndolo principalmente á los puntos donde están situados dichos cuarteles, y por mas de dos horas estuvieron lloviendo en ella las balas y granadas que se le dirigian por cuatro de los buques de la escuadra, y por la misma fortaleza de Ulúa.

Durante este fuego, se retiró á los Pozitos toda la tropa que habia en ella, y lo mismo hizo la poca poblacion que aun permanecia allí, quedando de este modo la ciudad completamente abandonada. En la tarde del mismo dia, dirigió todavía Baudin á Santa-Anna una comunicacion, en la que despues de manifestarle que el objeto de su desembarco en Vera-Cruz no habia sido otro que el de inutilizar la artillería de los baluartes, en atencion á no haber sido aprobado el convenio hecho por Rincon, se ofrecia á celebrar un nuevo arreglo para que aquella ciudad se conservase neutral hasta la conclusion de la guerra; pero de esta comunicacion no se hizo ya aprecio alguno.

Estando el general Santa-Anna en los Pozitos, con los restos de la guarnicion de Vera-Cruz, á la que no tardó en reunirse la fuerza que dejó el general Arista en Santa Fé, dirigió al gobierno un parte de la funcion de armas que acababa de tener lugar, redactando este documento en los términos que le parecieron mas á propósito para excitar en su favor los sentimientos del pueblo, y avivar su odio contra los franceses. (1)

(1) El parte á que aquí me refiero, decia así:

Comandancia general del Departamento de Vera-Cruz.—Exmo. Sr.—Ahora que son las dos de la tarde tengo el honor de dar parte á V. E., para que se sirva elevarlo al conocimiento de S. E. el Sr. Presidente, que al momento que recibí sus órdenes para encargarme del mando militar de este Departamento, previne al Sr. general D. Mariano Arista, que con la seccion de su mando forzase las marchas para situarse en Santa Fé á esperar mis órdenes, y al comandante militar del Puente Nacional, que se pusiese en marcha con igual presteza á ponerse á las órdenes de dicho general. Sin pérdida de tiempo me trasladé á la plaza de Vera-Cruz, y encargándome del mando que me entregó el Exmo. Sr. general D. Manuel Rincon, comuniqué al contra-almirante de la escuadra francesa el soberano decreto que declara á la nacion mexicana en guerra con el gobierno francés, y la desaprobacion que se habia hecho de los convenios celebrados por la plaza el dia 28 del pasado. El contra-almirante me contestó á las seis de la tarde del dia de ayer con arrogancia, que el gobierno mexicano habia cometido una gran falta declarando la guerra á la Francia, que este proceder podria decidirlo á demoler inmediatamente la ciudad, pero reflexionaba que ella no tenia la culpa de un error que haria arrepentir á los mexicanos, agregando otras expresiones demasiado ofensivas al honor nacional y á las armas que el supremo gobierno ha puesto bajo mis órdenes. Contesté á los individuos que condujeron